

Este libro del profesor Fradejas sienta unos cimientos muy sólidos no sólo para su preservación, sino, sobre todo, para su mejor conocimiento y comprensión por parte de todos.

José Manuel Pedrosa  
Universidad de Alcalá

Geoffrey Chaucer, *El parlamento de las aves y otras visiones del sueño*, ed. Jesús L. Serrano de los Reyes, Madrid, Siruela, 2005, 191 págs.

El que haya todavía libros capaces de depararnos sorpresas con mayúsculas, de proporcionarnos placeres estéticos tan de primer orden como inesperados, es uno de los alicientes que tiene el arriesgado vicio de leer. Las cuatro obritas de Chaucer reunidas en este volumen nos ofrecen eso, y en un grado ciertamente imprevisto, por cuanto la inmensa mayoría de los lectores españoles seguro que creían que, después de los inmortales *Canterbury Tales* (a algunos, muy pocos, acaso les suene también *Troilo y Cresida*), el célebre autor inglés no había escrito nada más, o que habría escrito, en todo caso, obras muy menores o muy oscurecidas por el brillo de esa cumbre obvia de la literatura universal.

*El libro de la duquesa, El parlamento de las aves, La Casa de la Fama y La leyenda de las buenas mujeres*, que son las cuatro obras que se editan en este volumen, son menores sólo en cuanto a extensión, pero no en lo que tiene que ver con la maestría ni con el interés literario. Se trata de cuatro delicadísimas miniaturas que se leen casi con incredulidad, por la maestría y originalidad de su paleta de colores, de matices, de registros, de inventiva, de sabiduría técnica. Y, también, por su sorprendente inconformismo en el arte de narrar. Sometidas a férreos cánones de escuela, sujetas a modelos literarios perfectamente reconocibles, cada una de ellas tiene, sin embargo, una personalidad literaria acusadamente singular. Si echásemos mano de las abundantes escenas y metáforas relacionadas con la pintura que utiliza el propio Chaucer (véanse las páginas 58, 79, 95, 176), podríamos calificar estas piezas literarias como bordados mínimos, como casi etéreos encajes en que los hilos de sus muchas y evidentes fuentes literarias bordan dibujos de rara combinación y hasta de excéntrico riesgo.

Los cuatro títulos tienen en común que se ajustan al modelo de las “visiones del sueño”, de tanta tradición literaria, desde la antigüedad clásica o la

literatura bíblica hasta el Borges de *El Aleph*, pasando por la mística de toda época y lugar o por los arrebatos de los románticos. Su organización estructural responde, de forma incluso rígida, a las convenciones de ese género: por lo general, presenta a un narrador que se duerme y que tiene una visión en que un personaje auxiliar le conduce y guía (con ánimo abiertamente didáctico y ejemplarizante) por lugares impresionantes y maravillosos, que se desvanecen en cuanto llega el momento del despertar.

No es, desde luego, este tipo de entramado narrativo el punto fuerte de las cuatro obras, al menos en lo que a originalidad formal se refiere. Jesús L. Serrano Reyes, minuciosísimo traductor y editor del conjunto, ha trazado un elenco exhaustivo de “visiones del amor” y de “visiones del sueño” que hay que considerar como fuentes cercanas y lejanas, y ha señalado que ahí estarían, muy próximos, *El libro de la rosa* (que Chaucer tradujo parcialmente del francés) y los *Comentarios al sueño de Escipión [de Cicerón]* que hizo Macrobio. Pero también una larguísima nómina de obras que incluye títulos esenciales de la literatura grecolatina, de la bíblica, y de las que en la Edad Media se redactaron en Inglaterra, en Francia y en Italia. Porque Chaucer fue un consumado conocedor de la literatura que en su tiempo se hacía no sólo en su propio país, sino también en la Francia y en la Italia cuyas lengua y tradición tanta fascinación ejercieron sobre él. Entre las fuentes evidentes de estas cuatro obras estarían el Ovidio de *Las metamorfosis* y de las *Heroidas*, Virgilio, *La consolación de la filosofía* de Boecio, Dante, Boccaccio, Bersuire, Alan de Lille, Machaut, la tradición del amor cortés al completo, y toda una plétora internacional de autores de menor relieve y de obras no tan conocidas, pero a los que Chaucer no tenía de ningún modo descuidados.

Tan de cerca sigue Chaucer, en ocasiones, los moldes y esquemas heredados, que fórmulas esenciales de, por ejemplo, *La Casa de la Fama* (“vi muy bien su figura...”, “vi la destrucción de Troya...”, “vi cómo Venus...”, “vi cómo entre todo el fuego...” “te vi a ti, cruel Juno...”, “también te vi a ti impresa, Venus...”, “vi a Venus besar...”, “vi pintado cómo Eneas...”, “vi pintada toda la llegada...”) se nos revelan casi calcadas de las que una antiquísima tradición literaria anterior (y también posterior) tenía perfectamente acuñadas. Lo prueban, por ejemplo, el *Apocalipsis* de San Juan (“vi en el cielo otra señal grande y maravillosa...”, “vi como un mar de cristal, mezclado con fuego...”, “vi abrirse en el cielo el templo...”), el libro VI de la *Eneida* (“vi a los dos hijos de Aloeos...”, “vi también a Salmonco...”, “vi también a Ticio...”), y, después, en el ámbito sólo de la literatura española, *El laberinto de la fortuna* de Juan de Mena (“çerca de Ofrates vi los moabitas...”, “vi, de Ufrates el Mediterraneo...” “vi Comagena con toda Siria...”), o la *Visión*

*deleytable* de Alfonso de la Torre (“vi la sublime corona...”, “vi el patrimonio de los levitas...”, “vi el hedefiçio de la Sevilla...”), o el *Dezir* de Juan de Tapia que comenzaba “Yo ya vi gente vençida / a venedores venger; / vi justicia se perder / por batalla mal regida; / vi a persona entendida, / ventura le faller; / vi alcançar gran poder / la por simple conoçida...”, o *La visión de Amor* de Juan de Andújar, que incluía estrofas como “E vi al músico Orfeo / andar sonando la lira, / e vi al fijo de Ageo / contra Cupido con ira, / e vi después que se tira / contraversa la de Urías, / et vi después a Macías...”. Y hasta parodias como la de la *Carajicomedia*: “Cerca de Eúfrates vi a las moabitas / beatas y monjas, que algunas avía...”, “vi a otras putas a quien, vejez, quitas / color, hermosura, y das disfavores...”, “vi a Violante con rostro no sano, / que una cuchillada bien larga, no bella...”.

En cualquier caso, el engarce de Chaucer con su tradición anterior (y también con la contemporánea y con la posterior) no tiene nada que ver con la simple y mecánica copia y reciclaje de fórmulas heredadas. Un ejemplo muy revelador nos lo ofrece el siguiente episodio de *El libro de la duquesa* (p. 59): “Había muchos ciervos y ciervas delante y detrás de mí. El bosque estaba lleno de cervatillos, de ciervos machos de cuatro y seis años, de gamos y corzos; muchas ardillas estaban en las copas altas de los árboles comiendo y disfrutando a su manera. En pocas palabras, estaba tan lleno de animales que aunque Mohammed Ibn Mussa Al-Khwarizmi, el noble matemático, se sentara en su casa de cálculo y contara con sus diez cifras —pues con estos números se puede contar todo, si eres ingenioso con ellos y calculas y cuentas cada cosa con un número— se equivocaría al contar correctamente las maravillas que encontré en mi sueño”.

No estamos ante un párrafo ni común ni inocente, sino ante un mecanismo de orfebrería literaria que combina memoria e innovación, conciencia literaria y afán de provocación, delicadeza y humor, del modo más genial. Porque fórmulas de este tipo se han documentado también, aunque con inferior gracia, menor ductilidad, ninguna ironía, en el *Talmud de Babilonia* de los siglos II a IV: “Si todo el mar fuera tinta, los juncos plumas, los cielos pergaminos, y todos los hombres escribas, no bastaría todo ello para escribir lo complejo que es gobernar”; y en las azoras 31:27 y 18:109 del *Corán*: “Si todos los árboles que hay en la tierra fueran cálamos, y el mar, incrementado con otros siete mares, fuera tinta, se agotarían escribiendo, pero las palabras de Dios no se agotarían”; “Si el mar fuese tinta para escribir las palabras de mi Señor, el mar, aunque se le añadiese otro igual, se agotaría antes de que se agotasen las palabras de mi Señor”; y en el himno sánscrito *Shivamahimnas-totra* del siglo X: “Si hubiese un pozo de tinta / azul como una montaña en el

crepúsculo, / y si el océano fuese el tintero, / y si la pluma fuese la más hermosa rama / de un árbol celestial, / y si la tierra fuese el pergamino, / y si la misma Saravasti pudiese escribir sin descanso / a lo largo de todos los tiempos, / ¡jamás podría ella llegar a transmitir, oh Señor, / la insondable inmensidad de tu naturaleza!"; y en la *Cantiga 110* de Alfonso X el Sabio: "...Ca tantos son os bẽes de Santa Maria, / que lingua dizer todos nonos poderia, / nen se fosse de ferro e noite e dia / non calasse, que ante non fosse falida... / Se purgamẽo foss' o ceo estrelado / e o mar todo tinta, que grand' é provado, / e vivesse por sempr' un ome enssinado / de sriver, ficar-ll-ia a mayor partida"; y en el *Sendebär* castellano: "dize el sabio que aunque se tornase la tierra papel, e la mar tinta e los peçes d'ella péndolas, que non podrían escrevir las maldades de las mugeres". Y en un larguísimo etcétera de grandes títulos de la literatura escrita y de obras anónimas de la literatura folclórica cuya evolución y poética he analizado en mi artículo "Memoria folclórica, recreación literaria y transculturalismo de una canción: *El mar inabarcable* (siglos II al XX)", *Artes da Fala*, eds. Jorge Freitas Branco y Paulo Lima, Oeiras, Celta, 1997, pp. 87-108.

Pues bien: fijémonos en que nuestro *Sendebär* (de raíz árabe y persa) del siglo XIII menciona a un sabio innominado como fuente de la fórmula, mientras que Chaucer alude al maestro "Mohammed Ibn Mussa Al-Khwarizmi, el noble matemático". Posibles guiños, los dos, a alguna rama (imposible de recuperar por nosotros *a posteriori*) de la acuñadísima y pluricultural fórmula que debía sacar a relucir a algún sabio, posiblemente musulmán. Pues bien, lo interesante del asunto es que el Mohammed Ibn Mussa Al-Khwarizmi que nombra Chaucer existió de verdad, que fue un gran matemático, astrónomo y geógrafo persa que nació en torno al 780 y murió hacia el 850, que se le considera el fundador del álgebra y el introductor del sistema de numeración decimal, y que fundó, hacia el 815, la Casa de la Sabiduría, una especie de gran e influyente escuela de ciencias. De modo que el irónico y socarrón párrafo de Chaucer ("aunque Mohammed Ibn Mussa Al-Khwarizmi, el noble matemático, se sentara en su casa de cálculo y contara con sus diez cifras –pues con estos números se puede contar todo, si eres ingenioso con ellos y calculas y cuentas cada cosa con un número– se equivocaría al contar correctamente las maravillas que encontré en mi sueño") tiene, sin perder un ápice de su provocador humor, el respaldo de una documentación histórica y científica impecable. Lo cual no resulta tan extraño, claro, si se tiene en cuenta que al cultísimo escritor inglés se le debe también un sesudo *Tratado del astrolabio* que revela el grado de familiaridad que tenía con la ciencia y con los científicos musulmanes. Tal y como se aprecia, también, en

algunos episodios de los *Cuentos de Canterbury*.

Lo más notable del libro que reseñamos, y de los cuatro títulos de Chaucer que incluye, es que detrás de cada párrafo, del rincón más inesperado de cada episodio, pueden surgir maravillas de este calibre. Trazar y caracterizar su elenco sería empezar, sumar y no parar. *La Casa de la Fama*, por ejemplo, es una obra magna de la metaliteratura que debiera ser de lectura obligatoria para todos cuantos estudian la historia de la cultura escrita y la poética de la voz oral. *La leyenda de las buenas mujeres* es una defensa, de apariencia a veces tópica, pero con momentos a menudo escalofriantes, de la condición de la mujer frente al varón. En estas y en el resto de las obras que se acogen a este volumen, el preciosismo nada cargante de las descripciones, el poder impactante de las imágenes, la altura de las alegorías, la personalísima asimilación de los tópicos del amor cortés, el dominio casi diabólico de todos los registros de la retórica, la conciencia metapoética que lo domina todo se nos muestran como genialidades de quien fue, acaso, el escritor más culto, preparado y original de toda la Edad Media europea; de un artista que fue una especie de cruce de la grandiosidad de Dante y el desenfado de Rabelais, de la delicadeza de tonos de Boccaccio y el inconformismo provocador de Juan Ruiz; de un hombre, en fin, para quien parecía fácil impregnar cada página que escribía de una emotividad que a no muchos escritores ha estado permitida.

Porque qué lector, incluso de tantos siglos después, no sería capaz de sentir el íntimo latido que palpita tras palabras como éstas: “Los hombres consideran que todo es mentira, a menos que ellos mismos lo puedan ver o experimentar, pero Dios sabe que las cosas son siempre verdaderas aunque no todo el mundo pueda verlas. ¡Por Dios, San Bernardo, el monje, no lo vio todo! Entonces, es en los libros donde podemos encontrar las cosas antiguas para que se recuerden y las ideas de los antiguos sabios para dar credibilidad con la sabiduría razonable que cuentan en estas antiguas historias verdaderas sobre la santidad, los reinos, las victorias, el amor, el odio y otros temas diversos que no puedo enumerar. Y si esos libros antiguos no existieran, estará perdida la llave del recuerdo. Por tanto, bien debemos nosotros honrar y creer en los libros cuando no tengamos otra prueba. Y en cuanto a mí, aunque yo sé muy poco, disfruto leyendo libros y me fío y creo en ellos. Y en mi corazón los venero con tal vehemencia que no hay diversión que me haga apartarme de mis libros, excepto quizás en vacaciones, cuando llega el mes de mayo y oigo a los pájaros cantar y las flores empiezan a florecer en primavera: ¡adiós a mis libros y a mi devoción!”.

De la edición de Jesús L. Serrano Reyes basta decir que es digna de su

modelo, que consigue transmitir (en la medida en que una traducción es capaz de transmitirlos), con precisión, ductilidad y calor, los nada fáciles claros y matices de la escritura de Chaucer, y que el prólogo es de gran claridad y pedagogía, y que está muy bien documentado.

José Manuel Pedrosa  
Universidad de Alcalá

Luis Miguel Vicente García, *Estrellas y astrólogos en la literatura medieval española*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2006, 270 págs.

La trayectoria investigadora de L. M. Vicente García en relación con las huellas que la astrología ha dejado en la literatura comienza en 1990, cuando publica su tesis doctoral que ya presenta este tema como motivo principal. La originalidad del argumento le convierte desde entonces en uno de los contados especialistas en la materia, posiblemente el único a la hora de recoger, seleccionar, clasificar y analizar los diferentes textos que dan muestra de la impronta del pensamiento astrológico en el ámbito de nuestra literatura medieval.

*Estrellas y astrólogos en la literatura medieval castellana* es pues derivación lógica de anteriores trabajos en los que el autor siempre ha puesto de manifiesto su entusiasmo incondicional por indagar en las múltiples manifestaciones de los arquetipos astrológicos en la cultura literaria. Señala que ha escogido esta época “por deformación profesional”, pero que “una historia medianamente sólida de cómo han recurrido los escritores a ella [a la astrología] a través del tiempo está por hacerse”. A esta observación habría que añadir que la cultura popular -incluyendo dichos, refranes y cancioneros- es riquísima en alegorías de este género y que este marco aún está por estudiar, lo que indicamos aquí en términos de *desiderata*.

Porque, como bien indica Vicente García, “los arquetipos astrológicos no son un tema del pasado o de la historia, sino manifestaciones universales de siempre”. El autor recoge pues la idea, expresada y desarrollada por K. Jung, de que el simbolismo astrológico, rico en matices y propuestas, forma parte del inconsciente colectivo. Así, estos arquetipos se encuentran aún hondamente arraigados en nuestra cultura en forma de alegorías y pueden hallarse ejemplos de ello no sólo en la literatura contemporánea, sobre todo en la poesía y el cancionero popular, sino también en las artes plásticas y escénicas, e incluso en el cine.